





# Campiro que





# Campiro que

Víctor Álamo de la Rosa



TROPO EDITORES





**TROPO EDITORES**

Trope Editores S. L.  
Calatrava 79-81, 3.º 1.ª 08017 Barcelona, España  
www.tropeeditores.com  
info@tropeeditores.com

© Víctor Álamo de la Rosa 2015  
© de la presente edición: Trope Editores 2015  
ISBN: 978-84-96911-91-8  
Código IBIC: FA  
Depósito legal: B-25124-2015  
Impreso en España - Printed in Spain  
Colección Segundo asalto, N.º 12

Corrección: Irene Achón Lezaun  
Diseño y maqueta: Óscar Sanmartín Vargas  
Ilustración de cubierta: Óscar Sanmartín Vargas



Esta obra ha sido publicada  
gracias al apoyo del  
Excmo. Cabildo Insular de Tenerife

Impreso en octubre de 2015 en Icomgraph  
Minería s/n Pol. Ind. La Magantina 22006  
Huesca  
Tel. 974 24 37 82

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Supo, por ejemplo, que la carne borra las heridas, lava toda huella del pasado, pero nada puede contra la remembranza del placer y la memoria de los cuerpos a los que se uniera antaño. Aprendió que hay una nostalgia intacta de todo cuerpo gozado, de todas las horas de gran desorden de la carne en donde nace una verdad de sustancia especial y sobre la que el tiempo no tiene ascendiente alguno.

Álvaro Mutis, *Summa de Maqroll el Gaviero*

No has de tener miedo, nunca volveremos a sentir la soledad, la terrible, vergonzosa soledad de la carne.

Calvert Casey, *Notas de un simulador*





# I

No son letras, son lagartos.

De lejos, extendidos sobre el paisaje, parecen letras. Sus lomos negros bajo el sol, sobre la tierra calcinada, dibujan palabras, pero son lagartos, no cabe engañarse. Sus cuerpos negros, sus cuerpos también azulados, detenidos en cualquier gesto sobre este paraje baldío de la isla. El calor crepita estridente a ras de lava y al fondo el mar evaporándose se funde con el cielo casi blanco. Silenciosa la respiración de la isla. Como una branquia. Como una agalla.

Pero no.

Respira la tierra por la piel de los lagartos. Se agita imperceptible. Ese respirar lento. Como si la isla toda fuese un inmenso lagarto prehistórico, encallado, varado sobre la mar. Sobre el saurio crece vegetación, algunos pinos, sabinas, brezos, tabaibales, piedras lavas sobre las que reposan lagartos. Lagartos grandes como bes o aes o efes o jotas o eles; lagartos pequeños como comas, lagartos crías como puntos, lagartos que son letras. Acaso se empeñen en contar una historia, así, expuestos sobre el paisaje blanco, nitidez del calor, rutilación de la luz sobre un espejo o sobre un papel. El sol, arriba, alto, longevo y ausente, derramándose sobre las pieles negras que insisten en descifrar el mensaje, el oráculo, letra viva, palabra a palabra, historia de un mundo que late aún, moribundo, yéndose pero refugiado en esas pieles que rezuman calor y significado.

Negras pero también azules. A este lado del paraje casi como si fueran un racimo. Lagartos amontonándose lentos, sin prisa, meditando un acertijo, jugando a los jeroglíficos, aparentemente sin ton ni son sobre la tierra inhóspita. Como esa pe que dobla su cintura, esa erre que recoge su cola, esa i que no es otra cosa que la madre perseguida por la hija, esa

ene que no es sino dos tizones machos enfrentando sus cabezas, inmiscuyendo sus alientos en la disputa, la ce dormida del gran lagarto que vigila su hembra y su cría, esa i que está a su lado, acompañada por otra pe que no oculta su vientre abultado a la espera de puesta, envidiando casi a la inmediata i, nueva madre junto al vástago diminuto, punto microscópico, inseparables. Y esa o que llegará hasta el final tampoco engaña porque son dos lagartos, dos ces encontradas que en el momento del amor con-funden cabeza y cola, cola y cabeza, para olisquearse sin pudor buscando inspiración, fuerzas, prologando el paisaje venidero, escribiéndose cons-cientes de la tenue conexión que hay entre crear y procrear, sílabas de un mismo parto.

## II

Pongan asunto.

Campiro que había vuelto aquella madrugada caudalosa cargado de peces. Campiro que el día anterior había cogido su destartada barcaza, la había puesto a punto y había decidido navegar hasta el Faro de Orchillas, por pura intuición: presentía que aquella noche sin luna refugiaría a los alfonsiños en el extremo más occidental de la Isla Menor.

Cogió los aparejos, un par de cañas y anzuelos de repuesto, y cargó suficiente gasoil para amamantar el motorzuelo de la embarcación durante el viaje de ida y vuelta. Compró carnada viva a buen precio a otro de los pescadores del pueblo y la depositó al instante en las cubetas de su barca, repletas de mar salada, porque sabía que los gueldes eran una especie marina que no destacaba precisamente por su resistencia en condiciones adversas. Ahora nadaban en los pequeños tanques de su barca, grises, transparentones, multitudinarios, cruzándose en su vaivenear recluso, aguardando el momento último que les reservaba su destino desdichado: servir de cebo en los anzuelos para capturar piezas más codiciadas. El viaje desde Rijalbo a los pesqueros del Faro de Orchillas era largo, debía cruzar todo el Mar de las Calmas, y al menos tres horas de lenta navegación lo separaban de la copiosa pesca que había presentado. Su madre preparó la cena, un bocadillo de queso blanco, higos pasados y varios racimos de uvas, más una botella de vino tinto y una cantimplora con agua, y la dispuso en una pequeña cesta de mimbre que tapó con un paño. Como casi siempre. Día tras día. Por regla general o inercia antigua. Tal y como hacía con su padre. Hasta donde su recuerdo alcanzaba. Campiro cogió dos cajetillas de cigarrillos, porque sabía que no hay mayor desesperación que quedarse sin tabaco en medio del mar.

Casi podría decirse que Campiro, Campiro con C de campechano, con sus treinta años recién cumplidos, era un hombre feliz. Pero no era así, en lo hondo del fondo no era así, porque el bocado de felicidad que le faltaba para redondear su vida sana, su existencia llevadera, tenía un irremediable nombre de mujer. Y, exceptuando las putas que alquilaba en sus muy esporádicas- visitas a la Isla Mayor, su cuerpo de hombre seguía suspirando por el cuerpo y la luz de alguna mujer que de veras fuera la suya, buena, bonita, para siempre colmando sus insidiosos efluvios de hombre joven. Una mujer, la condena a que lo obligaba su sexo.

—A ver cuándo te casas, Campiro, a ver cuándo llega ese día —le espetaban cada dos por tres las viejas más aburridas de Rijalbo. Esas que la vejez había arrinconado, inservibles, esas que sólo podían pedirle al pedazo de existencia que les restaba un manojo más de tiempo sin achaques, sin reumas, sin falta de riego sanguíneo, que las hiciera orinarse las enaguas y convertirse en el hazmerreír del pueblo.

Su propia madre, Cecilia, todavía erigida sobre la robustez de sus piernas, lejos aún de jorobamientos propios de la mucha edad y hasta de buen ver, que dirían muchos, insistía a menudo en la necesidad de que su hijo forjara su propio hogar. A sus ojos Campiro parecía desorientado, excesivamente ensoñado, con los pies lejos de la tierra firme que había que pisar para sobrevivir en esa isla remota del Atlántico. Y por eso le urgía la preocupación y le soltaba habitualmente frases de las que después se arrepentía, aunque en silencio, sin llegar a sentir necesidad de disculparse ante su hijo. Muchos rencores también apelmazaba ella dentro de sí, porque también tenía derecho y no todo podía ser insufrible.

—Un hombre sin hogar no es un hombre —le decía sin misericordia, buscándole con ahínco los ojos para ver si descubría el tamaño de la herida, fúnebres oscuridades en los largos secretos de su hijo, alguna razón que no escapara a la lógica y que con facilidad explicara aquella impropia situación, ese letargo en cuyas garras insensibles parecía debatirse Campiro—. Eres el único joven de tu edad que no se ha casado, que no tiene ya hijos. No me explico a qué esperas.

—Todo a su tiempo, madre —era la respuesta que invariablemente encajaba en los tímpanos de quien lo trajera al mundo, de quien le diera esa vida que ahora le preguntaba, era cierto, dónde estaba la mitad que lo completaría, dónde podía encontrar a esa mujer que lo alejara ya para siempre de los miedos que empezaban a horadarlo, de la sensación de

soledad, de verse amarrado a sí mismo para el resto de sus días o de precipitarse en la elección de una compañía que no lo aliviara del peso del tiempo sino que, al contrario, hiciera de los días y las noches una larga tortura. Era un continuo y demoledor resbalar, una y otra vez, por las escarpadas laderas de la indecisión. Debían existir ocultos resortes en la vida que hicieran emerger el destello, ese principio acaso intuido que lo guiaría, con acierto, hacia el próximo paso.

No hizo sino anclar la barca a unos cincuenta o sesenta metros de la costa en calma y preparar la pequeña caña y el correspondiente cubo de carnada, gueldes a punto de morir amontonados en esos escasos centímetros cúbicos de agua, cuando el primer pez de aquella noche le abrió el camino de una pesca frondosa, fácil, de las que ocurren una vez cada década y se recuerdan toda la vida. Su presentimiento había sido nítido, y los cardúmenes de alfonsiños, veleidosos, flotaban hoy en aquel trecho de costa, amontonados, como si el mar los hubiera castigado a surcar sólo aquel trozo de aguas oscuras. El haz de luz del Faro de Orchillas, que se proyectaba mar adentro a intervalos de diez segundos, más o menos, enmarcaba el ritmo de su pensamiento. No paró porque la avaricia del pescador se le metió de lleno entre ceja y ceja y ni él mismo podía creerse la voracidad con que los peces engullían el anzuelo. Era apenas poner el cebo y extender la caña para, tras un leve rumor de chapoteo, tener que volver a izar-la con un alfonsiño coleteando en la punta del anzuelo. Cosas de la mar oceánica, que hoy se dejaba indagar las profundidades para regalarle al pescador aquellos rojos manjares tan apreciados por los paladares de la isla.

—Un hombre sin hogar no es un hombre. Van a pensar en el pueblo que no te gustan las mujeres —presionaban su recuerdo las palabras de su madre, que volvían una y otra vez a su cabeza, certeras, dañinas, proclamando verdades a los cuatro vientos que transitaban su mente, su cerebro vacío, porque, a pesar de lo atareado que estaba, aquella pesca se había convertido en una tarea mecánica, tal era la cantidad de alfonsiños, dícese *catalufas* en los inventarios ictiológicos, que esperaban la trampa de su anzuelo. Como si sus vidas, y no sus muertes, dependieran de morder el cebo. Así de fácil. Poner carnada, sacar la caña por la borda, izarla y destrabar- el nuevo pez con un giro hábil de la muñeca. Y otra vez, y otra, y otra, y otra...

Quisiera enamorar mi corazón. Encontrar quien le ponga vida, vida de verdad, a esta monótona existencia. Cuando pienso en la mujer que

me ame, que me ame a mí, me duele el pecho, me pica la ansiedad en las paredes del estómago. Quisiera lamentar mi destino, la rapidez, a veces, con que se van los años, el imposible amor con que quiero alimentar tanta turbulencia incómoda, tanto andar por este mar repetido, inmortal, aho-gador y abundante. Pero debo serenarme, desoír las voces que me incli-nan al desatino y esperar mi lugar en esta isla, el nombre que me ponga destino.

A un paso de iniciar el cielo su nueva madrugada, puso proa hacia el puerto de Rijalbo. Planeaba qué hacer con el pescado, pues tenía de sobra para vender también en Masilva. Hablaría con Maximiano, el dueño de una de las pocas camionetas que pululaban por la isla, para acercarse al pueblo a venderlo a cambio de un manojo de pesetas. Quizá con lo que sa-cara de aquí y de allí bastaría para irse de putas a la Isla Mayor y apaciguar así los instintos de la carne, que tan a menudo lo conducían a pensamien-tos equivocados, que tan frecuentemente guían hacia la decisión errada. Pero paliar la ansiedad con cualquier remedo de la mujer que intuía era un remedio que cada vez estaba más lejos de saciarlo.

Navegaba distraído en sus cábalas, lejos de sospechar que la casualidad pronto jugaría las cartas de su destino. Navegaba a pedazos, de ola en ola, aquel mar que se confundía, a ratos, con el cielo, mezclando sus tonalidades amaneceres en un ocurrente juego de claroscuros. Navegaba a solas, abismándose en la contemplación de los contornos de la isla, sintiendo el grosor fecundo del agua oceánica, lamentando su extenuada condición de hombre a solas.

Porque a solas se sentiría casi desde siempre, porque desde siempre, como si hubiera ocurrido incluso antes de nacer y no cuando rondaba los nueve años de edad, sintió la falta de su padre, Isidel, emigrado o muerto, lo mismo daba, porque eso sólo debía saberlo él, él mismo, aunque ambas palabras para Campiro bien hubieran podido ser sinónimas. Porque a fin de cuentas lo único importante era que, muerto o emigrado, había tenido que crecer sin padre, sin progenitor que lo aconsejara más allá de las re-criminaciones femeninas de su madre, Cecilia, que tampoco fue la misma nunca más, a partir de aquella noche perdida en la que su esposo desa-pareció y su barca fuera hallada al día siguiente, en la costa, naufragada y completamente astillada por las rocas y el oleaje. Ni un rastro delator, ni una huella que amortiguara la sensación desagradable de no saber lo que a ciencia cierta pudo ocurrir.

Que su memoria le hablara de un hombre espigado, de rostro anguloso y con las arrugas llenas de salitre y las manos rugosas que lo acariciaban tan amplias como el mar, poco importaba. Casi nada importaba que su intuición de niño recordara a un padre que odiaba con encono la estrechez a que lo obligaba aquella isla, unos ojos que siempre escudriñaban el horizonte remoto como si el propio horizonte le debiera algo, algo mejor, un destino más cabal, más acoplado a su instinto viajero, a su necesidad de espacios más abiertos. Y su figura solitaria estaba hecha de nostalgia, pero también de rabia, porque un hombre como Dios manda jamás abandonaría esposa e hijo pequeño para largarse a perseguir un sueño. Y por eso mejor valdría que de veras estuviese muerto, porque muerto, muy muerto, estaba en los corazones de Cecilia con C de Campiro y de Campiro con C de Cecilia, pareja indivisible que había sabido sortear las difíciles condiciones de supervivencia en la isla. Era fácil situarse en la mentalidad de su madre y no extrañarse al comprobar su insistencia en la necesidad de que su hijo se casara. Así volverían a ser una familia, así podría descansar de su papel de madre y convertirse en suegra y después en abuela; envejecer en paz, besando nietos y sintiéndose segura, amparada, porque el insostenible peso de la soledad lo había sentido Cecilia demasiado joven y de repente, desprevenida, a solas con un hijo todavía niño y sin marido al que reclamar, sin esposo del que depender tal y como le habían enseñado.

Y por eso también podría decirse que Campiro con C de coraje se hizo hombre antes de tiempo. Y se tragó el miedo que sentía las primeras veces que salía a la mar, con algún pescador de Rijalbo que pagaba sus servicios marineros casi más por pura misericordia que por la verdadera utilidad de su ayuda todavía infantil. Se tragó el miedo que venía en volandas de cada ola, ¿cuál de aquellas sería la que se había tragado a su padre?, porque ya demasiado pronto sabía que tendría que ser él el hombre de la casa, y había que darse prisa, prisa por crecer, porque así eran las cosas, y porque precisamente así eran las cosas él jamás tendría tiempo para continuar siendo niño, normalmente niño, aprendiendo de los errores, madurando lentamente, perdiendo el tiempo en juegos que después dejarían agradables recuerdos en la memoria de la infancia. Y por eso también más valía que su padre siguiera muerto, porque a él le había robado la niñez, toda su larga niñez para dejarla en un plano corto, en un tris, en un zas que ni recuerda ni sabe si existió, y eso era algo que jamás podría perdonarse porque una infancia en blanco era algo del todo imperdonable, del todo.

Y por eso siempre hizo oídos sordos a aquellos comentarios que venían de América cada mucho tiempo y que situaban en algún impronunciable trozo de Brasil a un tal Isidel, próspero comerciante, rumoreaban. Oídos sordos porque eso, a esas alturas de su vida y su sufrimiento, no podía ser posible, admisible, rotundamente no. Y a su madre también trató de convencerla de que no, madre, que no, y que usted está todavía de buen ver y a tiempo de rehacer también una vida para ella, pero ella, to-zuda, erre que erre, que ella aun siendo teóricamente viuda no volvería a casarse, que no estaba para aguantar más hombres, que ella ya se había casado y que, muerto o emigrado, ella siempre tendría marido, y un marido era un marido, en la salud y en la enfermedad, sin que la muerte los separa-re porque si su marido ya no estaba siempre tendría los recuerdos de su marido, recuerdos que resguardar, memorias que honrar, porque así y así y asado eran las cosas y sanseacabó, porque no quiero hablar más de este tema. Y porque así lo dijo así fue, y Campiro puso punto en boca y no volvió a importunar a su madre con sus consejos y así fue también porque un día ya se cansó de escuchar aquella monserga, esa cantinela de que todavía eres demasiado joven para entender determinadas cosas. Siempre sería, a juicio de su madre, demasiado joven.

Y así fue creciendo, rápido, espigado, y se hizo pescador como su padre y porque difícilmente, habiendo nacido en aquel pueblucho llamado Rijalbo, podría ser alguna otra cosa: mecánico, bombero, médico. Sólo se pregunta, de un tiempo a esta parte y alguna que otra vez, de dónde había salido esa inclinación que le hablaba de amor. De amor, como si el amor de veras existiera.

La camioneta de Maximiano renqueaba por aquel camino de cabras con cruento dolor de amortiguaciones melladas. Ubicadas en la parte trasera, dos cajas de madera de pino guardaban los alfonsiños, bien tapados con unos sacos de arpillera mojados en las frías aguas del mar del amanecer para mantenerlos frescos y olorosos. El camino hacia Masilva era duro, sinuoso, atravesando mares de lava y bacheadas pistas de tierra. A pesar de que Rijalbo podría considerarse, y de hecho administrativamente se consideraba, el barrio pesquero de Masilva, ambos pueblos se comportaban como si nada tuvieran que ver el uno con el otro. Y a pesar de que en aquella isla las distancias eran completamente relativas, había ocasiones en que los sucesos ocurridos por ejemplo, en Masilva, tardaban hasta varios días en saberse en Rijalbo, y viceversa. El mundo de los



---

campesinos y los dominios de los pescadores estaban delimitados por una frontera invisible, por un límite de cristal. A aquellas alturas de la historia todavía la Isla Menor vivía lejos de muchos de los avances de la civilización y el asfalto, por ejemplo, era un lujo aún reservado a tierras peninsulares, como si aquel pequeño archipiélago no estuviera también bajo la misma bandera española.

Pero así vivían y morían las gentes de la Isla Menor, anclados a su propio tiempo, narrando su propio devenir a golpes lentos de progreso.

Maximiano aprovechaba siempre sus viajes para presumir de su camioneta, una de las primeras que pudieron contemplarse en la isla. Las malas lenguas decían que la había ganado en una sucia apuesta con Nicanor, un rico venezolano hijo de emigrantes que un día decidió acercarse a conocer la tierra de sus antepasados. Y porque Nicanor se había empeñado en conseguir los favores de Luciana, la mujer de Maximiano, ambos parece que llegaron a ese acuerdo, y Luciana le dio a Nicanor lo que Nicanor y Maximiano querían, sexo a cambio de la camioneta, y, aunque en principio pudiera parecer un trueque desafortunado, no lo era, porque a Nicanor le sobraba el dinero y porque en aquellos momentos ya había decidido volver a Venezuela, y llevarse la camioneta al continente hubiera sido un gasto inútil. Por eso, dicen las malas lenguas, Nicanor decidió pagar así los únicos buenos recuerdos que se llevaría de la Isla Menor, porque de sequías, lagartos y lavas ya no quería ni oír hablar. La tierra de sus antepasados le había parecido un completo erial digno de rápido olvido: sus ojos se habían acostumbrado al frondoverde de los parajes venezolanos.

Pero no era este el cuento que relataba Maximiano, sino otro que en nada se le parecía, exceptuando el hecho de la apuesta. Porque hubo cartas y hubo apuesta, y en aquella célebre partida el venezolano presuntuoso perdiera hasta los calzoncillos, porque la jodida suerte se le había sentado a Maximiano en las mismísimas rodillas y no había aquella histórica tarde quien fuera capaz de ganarle al cinco. Aquella camioneta que ahora renqueaba camino arriba no había sido sino el pago a las muchas deudas de juego, según la versión de Maximiano, que había contraído Nicanor.

El atardecer desvaído de ese día aún trataba de brillar al fondo de la calle. Las gentes de Masilva se preparaban para perder el tiempo muerto que restaba para la hora de la cena. Asomarse a las ventanas y observar el movimiento ágil de los niños, inaugurar la tertulia de vano en vano, de

puerta en puerta; colocar los taburetes a la entrada de las casas y fumar pausadamente, o pelar almendras, o tallar con las navajas pedazos de madera de pino, eran las ocupaciones más habituales de los masilveros mien-tras esperaban aquella moribundez del día que acarreaba la noche.

Campiro sabía que aquella hora indecisa era la ideal para pasar con su carretilla por las principales callejuelas del pueblo y vender el pescado. Todo el mundo andaba distraído, poniendo asunto, trasunto y barrunto a cualquier cosa, sin ninguna tarea urgente que atender. Y para él vender, lo único que necesitaba era un poco de atención, este ambiente propicio donde las ganas de cenar abrían el apetito y desbo-caban la gula.

Había dispuesto convenientemente, ordenado por tamaños para tentar a la vista, el pescado en la carretilla, descansando sobre una olorosa al-fombra de orchillas. Todavía húmedo, para aquellos campesinos de tierra adentro resistirse al olor del mar era casi imposible. Los alfonsiños lucían rojos, con sus grandes ojos muertos aún despidiendo algún brillo propi-ciado por los tonos anaranjados del ocaso. No hizo Campiro sino situarse en la calle principal cuando la voz corrió por las esquinas del pueblo, al-daboneando invisible todas las puertas.

—Campiro el de Rijalbo vino cargadito de alfonsiños.

Un corro de niños comenzó a revolotear en torno a la carretilla, curiosos. Campiro los dejaba, a pesar de que sus oídos no estaban acostumbrados a aquella algazara inconexa. Pero ese griterío juguetón era perfecto para sus intenciones, porque las voces de los niños eran el reclamo ideal para los monederos de sus madres. Que salían de sus casas repentinamen-te aprisadas con grandes platos o calderos en las manos: había que correr para elegir primero, había que dárselas de entendidas y después tardar un poco en la sabia elección de cada pez.

—Póngame Campiro este, y este otro, y este de aquí.

Y Campiro pesaba en una rudimentaria balanza los peces. Diestro, rápido, sin dar pie a dudas, como si fueran a acabarse, como si sólo quedara ya aquella carretilla y no al menos otra que aguardaba pacientemente su turno en la camioneta de Maximiano. Truco viejo de buen vendedor ese de no enseñar toda la mercancía.

Pero aquel día no iba a finalizar apenas dejando como saldo alguna peseta. Campiro estaba aún lejos de presentir que aquel día era el día, que a punto estaba de estallar el destino en sus narices llenas de pescado. El

azar, esa magia que une y desune sutilmente los destinos, abría sus invisibles alas y cuajaba sus infinitas ecuaciones sobre su cabeza.

Mediada la calle principal del pueblo, Campiro alzó los ojos, en un gesto que no buscaba nada, exceptuando limpiarse pequeñas gotas de sudor adheridas a su frente.

Alzó los ojos, que se fueron a la izquierda.

Alzó los ojos, que se posaron en aquella ventana.

Alzó los ojos, los ojos de siempre, los ojos en los que tenía el mar, los ojos en los que tenía el brillo rojo de los alfonsiños, los ojos de siempre.

Alzó los ojos y vio a Claudina.

Los ojos en Claudina.

Ojos.

Claudina.

Los sonidos se escondieron en el fondo de algún valle. Los ruidos de la vida se hicieron uno, un latir bruto en el pecho ansioso. El espacio era del tamaño de una mirada, el tiempo no cabía en aquella sensación presagiada, en esa atmósfera de neblina de recuerdo. Campiro con C de Claudina.

Sus ojos en mis ojos.

Las palabras buscando lugar.

Perder la noción del cuerpo, del aire que ya no hace falta ni para respirar. De la tierra dura que se desprende y deja espacio al espacio.

Energúmeno enamoramiento. Ni la muerte cabía en aquel instante de celebración. La boca seca, la química inaugurando en su interior la fiesta lujuriosa de los líquidos, la sangre hecha adrenalina, el vértigo en la boca del estómago, las ganas de amor inflando el pecho, la descarga eléctrica en todas y cada una de las tripas. Dejar de existir, hacerse añicos, sentir todos los secretos de la vida, tener toda el hambre del mundo, y los nervios hechos un manojo de sudores, en las manos, en la frente, en las comisuras de los labios que tiemblan.

A pesar de la estupefacción consiguió encadenar Campiro algunos movimientos, seleccionar los mejores peces, acercarse a la ventana de Claudina y ofrecérselos como humilde pago a tanta belleza, a tanto clamor por los cielos de los cielos.

—No, no, gracias, pescador.

—Me llamo Campiro, y si usted lo tiene a bien quisiera regalarle este pescado.

Hubo momentos de incómoda duda, pero la cara de ruego que puso Campiro convenció a Claudina, que, aún en el vano de la ventana, giró su cuerpo hacia el interior de la casa, y Campiro pudo ver entonces el largo cabello rubiáceo que le bucleaba hasta la cintura, y gritó:

—¡Celedonia, tráete un caldero, anda! —Y volvió a mirar al pescador, alto, garboso, con algunos botones de la camisa desabrochados y en sus manos grandes los peces que le ofrecía—. Buena pesca —dijo ella porque había que deshacer aquel silencio—. Me llamo Claudina —dijo ella porque había que derretir aquel hielo incómodo—. ¿Cómo me dijo que se llamaba? —preguntó por preguntar porque ya había atrapado en su memoria el nombre del apuesto pescador.

—Campiro —acertó a decir esta vez porque estaba como si no estuviera, ido, absorto en la contemplación y sintiendo cómo aquella mujer lo tocaba por dentro, al parpadear, al respirar.

Pero ya entonces es la hermana Celedonia Jesús quien se asoma para ver al pescador y clavarle la mirada y extender coqueta su brazo blanco con el caldero...

—¡Hola!

...con el caldero su brazo blanco, su brazo mullido, qué está pasando, qué es esto, es una aparición que desvía la mirada del pescador de Claudina a Celedonia, ya de Claudina a Celedonia porque Celedonia brazo blanco, sonrisa llena de promesas, pecados que, Campiro que, otra vez los estallidos en las orejas, la tensión en la nuca, la huida de los lenguajes, los ojos diciendo, diciendo el amor gordo, gordo glotón en el pecho que ahora se llama Celedonia Jesús, Celedonia alegría, Celedonia secretos, Celedonia por doquier: ojos verdosos, aguados, labios finos, boca grande, cabellos pelirrojos, rosado sonrojo en los pómulos de Celedonia, se llama Celedonia, Celedonia con C de Campiro, y me entran ganas de estallar porque tanta sugerencia, tanta blandura, está casi llorando, de emoción llorando, es imposible, otra vez el destino jugando.

Campiro con C de Celedonia que se siente perdido, aterido, fuera de sí, palpitaciones en las sienes, lejos de la realidad, la realidad no había, no cabía en este hueco que se abre abierto, Campiro que no, Campiro que sí sabe que está, ahora, Campiro que no, que no anda por estos lares, arriba los ojos de las mujeres, arriba el cielo se llama Celedonia Jesús, Celedonia, Campiro que Celedonia, Campiro que Celedonia, buscándose Campiro

que buscándose, obnubilado, ido, perplejo, el amor corriendo por la sangre a soplos, Campiro que Celedonia, Campiro que sin palabras, Campiro porque sin vida porque se la está dando, se le está yendo en un soplo, en un expiro Campiro que suspiro que tiemblo que tiempo que luz que flecha que narra aires que sueñan a otra época que vendrá.

Campiro que cierra la boca asombrada y coge por fin el caldero. Tiem-bla de susto, de amor y deseo. No sabe qué hacer y ambas mujeres notan su torpeza y ríen mirándose pícaras, observándolo.

—Un momento, señoritas —dice Campiro y sale volando, literalmente volando, porque ahora está lleno de alas, de halos misteriosos que lo circundan, chapoteando charcos de felicidad, volando salió hacia donde había dejado la carretilla porque ahora aquellos peces que tenía en la mano le parecieron pocos para tan lindas bocas. Llenó el caldero y regresó en un tris a aquella ventana que enmarcaba, como si fuese un cuadro, los rostros sonrientes de ambas mujeres. Precisión de la belleza, eternidad marco afuera. Por el hueco que Claudina abrió se deslizó Celedonia. Dos ces encontradas, que dirían los lagartos.

El cielo comenzó a deshacerse en colores: la tarde anunciaba su fin. Los niños empezaban a recogerse porque sus madres gritaban ventanas y puertas afuera sus nombres sonoros:

—Teodoro.

—Crisanto.

—Otilio.

—Genaro.

Campiro se había despedido cortésmente de ambas mujeres, pero ya su mente no cavilaba otra cosa que no fuera volver a verlas. Claudina había despertado su sangre, había abierto de par en par todos sus poros de hombre sólo, pero aquel brazo blanco, sonrosado, de Celedonia Jesús, había desencadenado los ocultos resortes de las pasiones, había roto la presa de los instintos, que ahora manaba desencajada, boquiabierta, goteando para sus adentros su elixir feroz. Y en encontrar la clave de una pasión podría residir el misterio de la felicidad.

Tenía que urdir planes para encontrarlas e inaugurar el cortejo, porque ahora era tanta la duda que lo incordiaba que no sabía qué nombre poner a sus sentimientos. Sentía el mundo cargado de una nueva fuerza, renovados bríos con los que la vida parecía infinita, tener un solo plano feliz, abundante, una mecánica demasiado lógica. Ahora todo había cambiado,

todo tenía rumbo, su destino había dejado de ser un misterio para convertirse en un objetivo claro. Apenas restaba la elección, porque tenía que elegir, cree, supone, las cosas son así, una elección que no sería difícil sino cuestión de tratar a ambas mujeres y observar si la balanza de su intensidad se desequilibraba hacia Claudina amor o hacia Celedonia pasión. Por-que dos amores son imposibles, al menos a un mismo tiempo, como si el abrazo de su pasión no pudiera sujetar a ambas, se dice confuso, sabiendo sin saber, con un roce sonámbulo de la intuición, que en encontrar las cla-ves de tanto vértigo residirá la felicidad. Campiro con C de Claudina con C de Celedonia con C de Campiro.

Y a Paco Inerbelio, porque todo hay que decirlo y la acción depende del lugar donde se mire, comenzaba a preocuparle el hecho de que sus hi-jas, Claudina y Celedonia Jesús, no tuvieran nada claros sus respectivos futuros. Y aunque la gran mayoría de los hombres casaderos de Masil-va las habían rondado, con mayor o menor insistencia y distinta ventura, ninguno de ellos había logrado hasta ahora excitar lo suficiente sus cora-zones soñadores como para despejar el camino del cortejo. Cuando Paco Inerbelio compartía estos anhelos con su esposa, Erasmelina, no encon-traba asidero convincente en las palabras de su mujer, y lamentaba una vez más su condición de hombre viejo con tres bocas que mantener y al menos dos hímenes que proteger hasta el matrimonio. El peso de los años ya le doblegaba la espalda y las tareas del campo cada vez se le volvían más cuesta arriba.

Celedonia Jesús fue siempre más dispuesta y vestir pantalones, cargar-se una azada al hombro y ponerse la sombrera de paja en la cabeza para pasarse toda la mañana plantando papas en los huertos familiares no era una costumbre infrecuente en ella. Pero eso a Paco Inerbelio le daba no sé qué, un cierto rubor de vergüenza, porque el atraso de aquella isla aún reservaba a la mujer las duras labores domésticas. Y además, ese atrevi-miento de Celedonia Jesús le preocupaba sobremanera, porque conforme sus formas de mujer se iban redondeando su voluntad rebelde se aceraba, y cada vez le resultaba más difícil a Paco Inerbelio mantener dentro del decoro rústico las salidas y ocurrencias intempestivas de su hija Celedo-nia. Y controlar el qué dirán de las lenguas malintencionadas del pueblo era una tarea que la tradición también hacía suya.

A los trajines domésticos prefería dedicarse Claudina hacendosa, cosiendo, fregando, cocinando, zurciendo las ropas del padre, siempre

aquejadas de roturas que había que disimular con hábiles entretejidos y remiendos casi imposibles. Pero aquella casa no era suficiente para dar trabajo a tres mujeres, y eso alentó la naturaleza ensoñada de Celedonia, porque según se decía Paco Inerbelio, tanto tiempo libre, tanto tiempo muerto, sólo servía para llevar la cabeza a pensares desviados y a desvaríos del espíritu aburrido. Un marido y unos cuantos hijos solucionarían el problema y, de paso, aliviarían su ya inesquivable vejez. Y es que era verdad que Celedonia soñaba a menudo con irse a la Isla Mayor, con emigrar a Cuba o a Venezuela o allá donde su imaginación caótica la llevara. Y es que era también por eso por lo que Celedonia no podía impedir fatales y súbitas atracciones hacia los extranjeros que aparecían por aquella isla sin ellos mismos saber muy bien por qué, sin acabar de explicarse qué oscuras razones habían encaminado sus pasos hacia ese islote primitivo y aletargado, abandonado por igual de la mano de Dios y del Diablo. Era fácil para ella viajar con quien le ofreciera un manojo de palabras sugetivas, un párrafo que describiera parajes de otras latitudes, con quien le prometiera salir de aquellos estrechos paisajes, de los precarios moldes de una isla volcánica que la atenazaba. Soñaba con cambiar de aires y abandonar la calima pegajosa que cada dos por tres azotaba los rincones de la Isla Menor. Y por eso no les resultaría difícil a Alí Fathi el moro, se dijo, a Anselmo Viveiros el portugués, se rumoreó, y a Hans Marcus Mull el alemán, se supo, hacerse con las carnes proclives de una Celedonia Jesús que pronto comenzaría a caminar por las sendas del desvarío. Su hermana Claudina, sin embargo, prefería aguardar pacientemente los derroteros de su destino. Era de esas que no buscan más patas al gato, que sólo desean lo que pueden alcanzar, que saben desde que nacieron que exigirle más de lo que ofrece a la vida sólo conduce a desgraciadas situaciones de insatisfacción.

Las dudas de que ambas fueran hijas de los mismos padres siempre revolotearon en torno a aquella casa. Como moscas pegajosas. Esos comentarios sinvergüenzas arreciaban siempre que las novedades escaseaban y las lenguas de las viejas más sibilinas comenzaban a aburrirse. Pero es cierto que casi podría decirse sin faltar a la verdad que Claudina y Celedonia en nada se parecían. Porque Claudina tenía el cabello yéndose hacia el rubio y el cuerpo grande, robusto, entrado en carnes, y porque Celedonia lo tenía camino del pelirrojo y unas formas más ajustadas. Coincidían sin embargo en la extrema blancura de sus pieles, ambas dejaban que piel

afuera asomara un entramado transparentón y azulino de venas sanas, aunque Celedonia no podía ocultar una multitud de pequeñas pecas desvaídas en las mejillas, en los hombros y en el nacimiento orondo de los pechos. Pero acaso la gran diferencia entre ambas era la facilidad con que Celedonia Jesús vencía las reticencias de la moral, esos noes con los que a menudo incomoda la conciencia.

Pero los años no pasan en balde y la misma acuciante necesidad que invadía a Cecilia, abajo en Rijalbo, era la que perforaba a Paco Inerbelio, arriba en Masilva: casar a sus hijas, porque para colmo de males no tenía una sino que tenía dos, Claudina y Celedonia, dos que para colmo de colmos pareciera que no eran hermanas, a juzgar por las ostensibles diferencias que a simple vista podrían establecerse entre ambas. Y aunque esto fuere meterse en camisa de once varas, habrá que recordar y reiterar que ese secreto, de haber existido, sólo podría guardarlo Erasmelina, la esposa de Paco Inerbelio, que sólo una vez juró y perjuró que ambas eran suyas, porque a Paco Inerbelio un día amplio y caluroso un arrebato de celos lo sentó frente a su mujer diciéndole sólo una vez te preguntaré lo que te voy a preguntar y ella respondió muy segura que sólo una vez respondería lo que iba a responder, porque mucho y bien conocía ella al hombre con quien se había casado, y si de aquel día trascendían sus sospechas acabaría formándose una espiral de peligros que acarrearía males mayores, ciéna-gas de celos y desconfianzas que más pronto que tarde acabarían minando su matrimonio bien avenido.

Pero desde entonces no pudo impedir ensimismar aún más su naturaleza ya de por sí silenciosa, y resguardó su secreto, de haber existido tal secreto, bajo capas y más capas de silencios, limitándose a cumplir con eficiencia ejemplar sus deberes de madre y esposa, no dando a Paco Inerbelio la más mínima oportunidad de queja, ni siquiera una brizna, un insignificante detalle por el que su esposo pudiera colar la más minúscula de las recriminaciones. Y su táctica funcionó y a Paco Inerbelio, si alguna vez las tuvo, se le olvidaron todas sus sospechas y todos sus recelos, y ja-más se volvió a hablar en aquella casa sobre aquel asunto y su marido tra-tó a Celedonia Jesús igual que a Claudina, porque precisamente sobre la primera, sin saberse muy bien por qué, era sobre la que habían recaído los indicios. Acaso su encendido pelo pelirrojo, acaso su rebelde forma de ser y esa inclinación hacia lo foráneo, como si su raíz no estuviera también en aquella isla y hubiera llegado, como un virus maligno, en volandas de



cualquier extraño que hubiera mezclado su saliva con la saliva de Erasmelina. Pero a determinadas cosas era mejor no darles demasiadas vueltas, y Paco Inerbelio pensó en su vida saludable, apacible y bonachona, y miró por la ventana la tarde blanca, limpia y calurosa, y no habría podido imaginar una existencia más llevadera, toda aquella paz suspendida en el cielo, es cierto, aunque quizá hubiera preferido, puestos a elegir, un carácter mucho más pánfilo para su hija, dicho sin reparos, Celedonia. Una naturaleza, por ejemplo, tan sosegada como la de Claudina, casi tan silenciosa como su propia madre, Erasmelina, mujer de su casa y mujer de su marido, como Dios manda. Y aunque a la hora de nacer Celedonia él había rogado con todas sus fuerzas al divino que estaba en los cielos que lo honrara con un varón, fuerte y emprendedor, sobre cuyos hombros fornidos descansar su vejez, apareció ella, atronadora, ya gritona desde la primera luz y la primera nalgada, ya averiguables sus futuros mechones pelirrojos en su pelona cabecita recién nacida, ya repleta de minúsculas pecas su sedosa piel blanca. Y jamás diría que se llevó una decepción, jamás lo diría, mucho se cuidaría de usar ese término, fue sólo que aguardaba un macho, un vástago que se haría fuerte y responsable, para así tener la parejita, porque para hija ya estaba espléndida Claudina, tan rubia y tan buena y tan parecida a la de él su hermosa cara angulosa. Y nunca diría decepción, nunca, fue apenas sorpresa, porque en su fuero interno ya planeaba nombres para su hijo, el que iba a tener, nombres que sólo para contrariar no tenían nada que ver o envidiar al suyo, nombres como Leocadio, Ne-reo o Amaro, alguno así de su predilección, porque él estaba seguro, casi casi convencido, a pesar de que un día Erasmelina, ya con siete meses de barrigona, le había dicho ven aquí Paco, siéntate a mi lado, no te ilusiones mucho porque me da en la nariz que será otra niña, dijo, así de claro, es cierto, así lo recuerda, pero él como que albergaba una intuición, una premonición que no era tal, claro, pues en realidad era su deseo, su propio magnífico deseo disfrazado de intuición y premonición para poder creer-se que sería macho, un futuro hombrecito al que enseñar a cavar papas y fumar. Pero entre los deseos y las realidades median unos trechos, y del dicho al hecho hubo un espacio por el que se esfumó la posibilidad de un hijo y sin embargo apareció Celedonia bebé regordete, esa hija que desde muy niña lució su carácter intrincado, tan retorcido como las lavas de los alrededores. Y desde muy niña rutiló su inteligencia, campó por doquier: en la escuela, entre los compañeros de juego, entre incluso sus mayores,

porque para eso hasta Manolo el maestro se lo había advertido, un día, muy serio, al salir de misa, esa hija tuya es un lince, todo se lo sabe y todo se lo quiere saber. Y es que todavía no podía decirse que era una adolescente y ya todos en la isla, al menos quienes la conocían, tenían muy claro que muy difícil sería amarrar toda aquella inteligencia a los estrechos paisajes de la isla. Y por aquí vendrían los quebraderos de cabeza de Paco Inerbelio, que se pasó la mitad de su vida, desde que ella llegara al mundo, intentando ponerle amarras, atarla corto, mantenerla dentro de los cauces monótonos de su casa y del pueblo.

Era una niña repleta de preguntas, una adolescente con una curiosidad ilimitada, una mujer que todo lo quería saber. ¿Por qué sale el sol y por qué se esconde cuando sale la noche? ¿Por qué los lagartos, si siempre es-taban tierra adentro y al sol, sabían nadar? ¿Por qué parecían letras, echa-dos sobre los parajes blancos de calor? ¿Por qué suben y bajan las mareas? ¿Por qué crecían las semillas? ¿Por qué eran tan diferentes ella y su her-mana? ¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? ¿Todos los hombres tienen pito?, ¿es del tamaño del pito de los burros? ¿Por qué había noches sin es-trellas y noches con tantas? ¿Por qué nunca hacía viento en el Mar de las Calmas? ¿Por qué menstruaba? ¿Por qué mamá era tan callada? ¿Por qué los hombres no tienen alas para poder volar como los pájaros? ¿De qué están hechos los colores? ¿Por qué el aire es invisible? ¿Por qué ella misma preguntaba tanto? Siempre había una pregunta que hacer, y lo peor de todo no era que él mismo, la inmensa mayoría de las veces, no supiera contestar, sino que, tras los interrogantes que lograba responder siempre había otro, otra pregunta, otra vuelta de tuerca que la curiosidad insaciable de la niña no podía esconder, evitar, suprimir a pesar de que la paciencia de su padre ya estaba visiblemente agotada, sólo había que mirarlo a los ojos y prestar atención a los goterones de sudor que le discurrían frente abajo, sólo había que observar su desesperado gesto implorando ayuda, comprensión, cle-mencia al Todopoderoso, que estaba en los cielos.

—Dios mío, ayúdame —exigía, cara al firmamento, juntando sus manos en actitud de rezo.

—Si Dios está en el cielo, ¿por qué nunca lo vemos? —le espetaba entonces la cría, odiosa si no fuera porque era su hija, sangre de su sangre, por mucho que a menudo, sobre todo en ocasiones así, lo pusiera en duda.

Y los días se fueron amontonando, gota a gota, como una fuente eternamente aplicada a su destino. Y gota a gota estuvo a punto de rebosarse

el caldero de la paciencia de Paco Inerbelio que, más vale tarde que nunca, descubrió la manera de sacudirse la curiosidad de su hija. Una fórmula muy simple, pero que resultó infalible: siempre contestaba a las preguntas de su hija que no sabía o que se le había olvidado, aunque Celedonia preguntara cosas para las que sí tenía respuesta fácil. Sólo una vez cometió un error que, con el transcurrir del tiempo, se convertiría posiblemente en un grave error. Porque a la pregunta de por qué la luna cambiaba de tamaños y formas cada cierto tiempo, él respondió displicente:

—No lo sé, averígualo por tu cuenta y riesgo —le soltó, satisfecho, sin sospechar que sus palabras abrirían finalmente de par en par las compuertas de la curiosidad que removía las entrañas de Celedonia.

Porque desde entonces, una vez agotadas las inteligencias y las experiencias de los habitantes de la isla, muy cortas, por regla general, debido a los intrínsecos condicionantes geográficos de la insularidad, Celedonia descubrió un verdadero manantial de sabiduría en todos esos extranjeros que de vez en cuando recalaban por aquellos paisajes volcánicos. Eran noticias frescas, relatos frescos de lugares remotos, del mundo remoto, del planeta remoto. Eran, por muy ignorantes que fueran, verdaderas fuentes de conocimiento y auténticos surtidores de nuevas curiosidades a un mismo tiempo, un viaje retador para la inteligencia soñadora de Celedonia, casi un alivio para su mente bullidora.

Pero como no por mucho madrugar amanece más temprano, Celedonia tuvo que apechugar con las ingenuidades propias de la edad, y como también por aquellos descampados parajes deambulaban personas sin escrúpulos o conciencia, aprovechados a los que les daba igual blanco que negro, no había redondeado todavía los quince años y ya se había convertido en una experta masturbadora de miembros variopintos, porque para su agudeza indagadora el fascinante mundo del sexo era un campo de batalla con inmensas posibilidades de exploración. Espiar los sexos de los compañeros de juego y observar cómo al menor roce de su mano se em-pinaban, entusiasmados, a cambio de que ella les enseñara su pubis peli-rrajo, eran juegos a los que hoy y ayer, casi sin venir a cuento, se entregaba una y otra vez, cuando la oportunidad se terciaba. Todos estaban impulsados por la curiosidad más sana, sin atisbo de malicia, escondidos en cualquier recoveco del paisaje.

Pero el primero, las cosas nunca son como quisieramos, en aprovecharse de esa curiosidad insaciable fue, dicen, Alí Fathi el moro, que

apareció por la isla, acompañado de tres o cuatro negritos de Sierra Leona, pensando que los habían dejado nada más y nada menos que en las costas de Francia. Pero igual que un buen día apareció, un día mejor desapareció, es decir, sin dejar ni pista ni rastro, aunque sí perpetuándose en la memoria de Celedonia muchacha adolescente, que ya jamás podría olvidar el sabor nuevo del glande poroso y descomunal de la verga del moro.

—Es como un bombón, niña, ven y pruébalo —le había dicho una vez, esa tarde en que se la había encontrado abajo en las fincas de higueras, recogiendo el preciado fruto, y la había engatusado con cuentos y episodios de las mil y una noches.

Y envuelta en todo aquel despliegue de magia beduina, y acicateada por la curiosidad bárbara que le produjo la posibilidad de ver una de aquellas cimitarras árabes, según los cuentos tan largas que los hombres se las amarraban a lo largo de las piernas, accedió oportuna a escabullirse bajo la sombra grata de una de aquellas frondosas higueras y, a cubierto de miradas delatoras, asombró sus facciones para expresar toda la auténtica dimensión de su sorpresa, tan larga como la panorámica inmensa que se había desabrochado el hombre y que, por así decirlo, cargaba el ambiente.

—Es como un bombón, niña, relleno de zumos deliciosos. En mi país las mujeres lo saborean hasta que el divino licor emerge, ven, pruébalo —le dijo dulcemente, habilidoso, con aquella voz encantada que había sabido transportarla a olorosos palacios orientales. De sedas y almizcles, de músicas sensuales por los aires perfumados.

Y a Celedonia, para qué negarlo, le gustó el sabor dulzón del divino licor y, desde entonces, justo en esa tarde apacible y luminosa, podría ubicarse el principio de la tragaldaba adicción al semen de Celedonia, vicio que acabó asombrando a varios de sus amantes y que incluso molestó a algunos agraciados pues, tras el sorbeteo glotón, se sentían como abrevaderos donde las bestias iban a descansar su sed.

Y por la boca tragona de Celedonia adolescente también pasaron los negritos de Sierra Leona, con herramientas tan diferentes a la de Alí el moro, y aunque no encontraron las prometidas costas de Francia y pronto serían deportados, sí hallaron las fauces curiosas de la muchacha, que no podía dejar escapar la oportunidad de disfrutar del sabor de los bombones de fresa, capullos almibarados provistos de otros néctares deliciosos, según le había explicado el propio Alí Fathi, el moro.

---

—Los hay con sabor a café, como el mío, pero los hay también con sabor a fresas y frambuesas, frutas exóticas que no existen en esta parte del mundo y que difícilmente podrás probar en otra ocasión —había explicado solícito Alí, que para eso era el maestro repostero, ducho en el difícil arte del bombón y sus rellenos, el orador capaz de destapar el tarro de las esencias.

Y no bien había probado Celedonia todas aquellas frutas, bastante parecidas entre sí, todo hay que confesarlo, cuando desaparecieron de la faz de la isla, porque, según se decía en el pueblo, aquellos pobres hombres habían sido engañados por el patrón de un pesquero que los había estafado, haciéndoles pagar un traslado a las costas de Francia que se quedó en un viaje incómodo hasta la Isla Menor. La ignorancia siempre había sido mala consejera, y las leyes de la geografía no engañaban.

Y durante un tiempo Celedonia se quedó, digamos, sin alimento, pero la semilla de su adicción florecía en su ansiedad y propiciaba su hambre, su sed, aunque aprendió a controlarse, porque algo le decía que lo descubierta era un secreto de la cultura árabe, de las costumbres exóticas de esos países, y que, en aquella isla remotísima y antigua, esa posibilidad podría no ser bien entendida. Por eso esperaba, cada vez más sedienta, a que los extranjeros cruzaran en su camino el camino aburrido de la Isla Menor. Entonces se toparían, más temprano que tarde, con su predisposición a experimentar la repostería de otros lugares del planeta. Pero mientras esperaba también crecía y, aunque aquel vicio se había consolidado en algún lugar recóndito de su interior, pronto se percató del engaño que había sufrido cuando joven, cuando muchacha adolescente, y entonces sintió también cierta impotencia de mujer y, aunque su sexualidad ya había sido definitivamente desviada, se juró y perjuró, se prometió y se volvió a prometer que, de ahora en adelante, pasara lo que pasara, aquellas inclinaciones serían naturalmente asumidas y que, los hombres y sus manjares afrutados serían, siempre, ruletas a merced de sus dedos, veletas dependientes del capricho de sus soplidos. Aquella pregunta, en fin, que se hacía, de pronto, de un tiempo a esta parte, abajo en la mar, mientras pescaba o no, Campiro, aquella pregunta referida al amor, sería un interrogante que ella, Celedonia Jesús, sólo demasiado tarde se plantearía.